

Señor, ¿qué quieres que haga?



*"Ya no vivo yo, sino que es Cristo
quien vive en mí"
San Pablo*



Hace muchísimo tiempo en una ciudad lejana llamado Tarso, nació un niño muy inteligente llamado Saulo. Desde pequeño le encantaba aprender y estudiar sobre la religión judía. Se vestía con túnicas largas y capa como los fariseos.



Cuando Saulo creció se convirtió en un fariseo muy importante y muy estricto. Pensaba que los cristianos estaban equivocados. Iba de casa en casa buscando a los cristianos para llevarlos a la cárcel.

Era conocido por ser un gran perseguidor.



Un día Saulo iba camino a una ciudad llamada Damasco. Su misión era la misma de siempre, encontrar más cristianos para llevarlos prisioneros. Montado su caballo pensando en lo que haría al llegar.

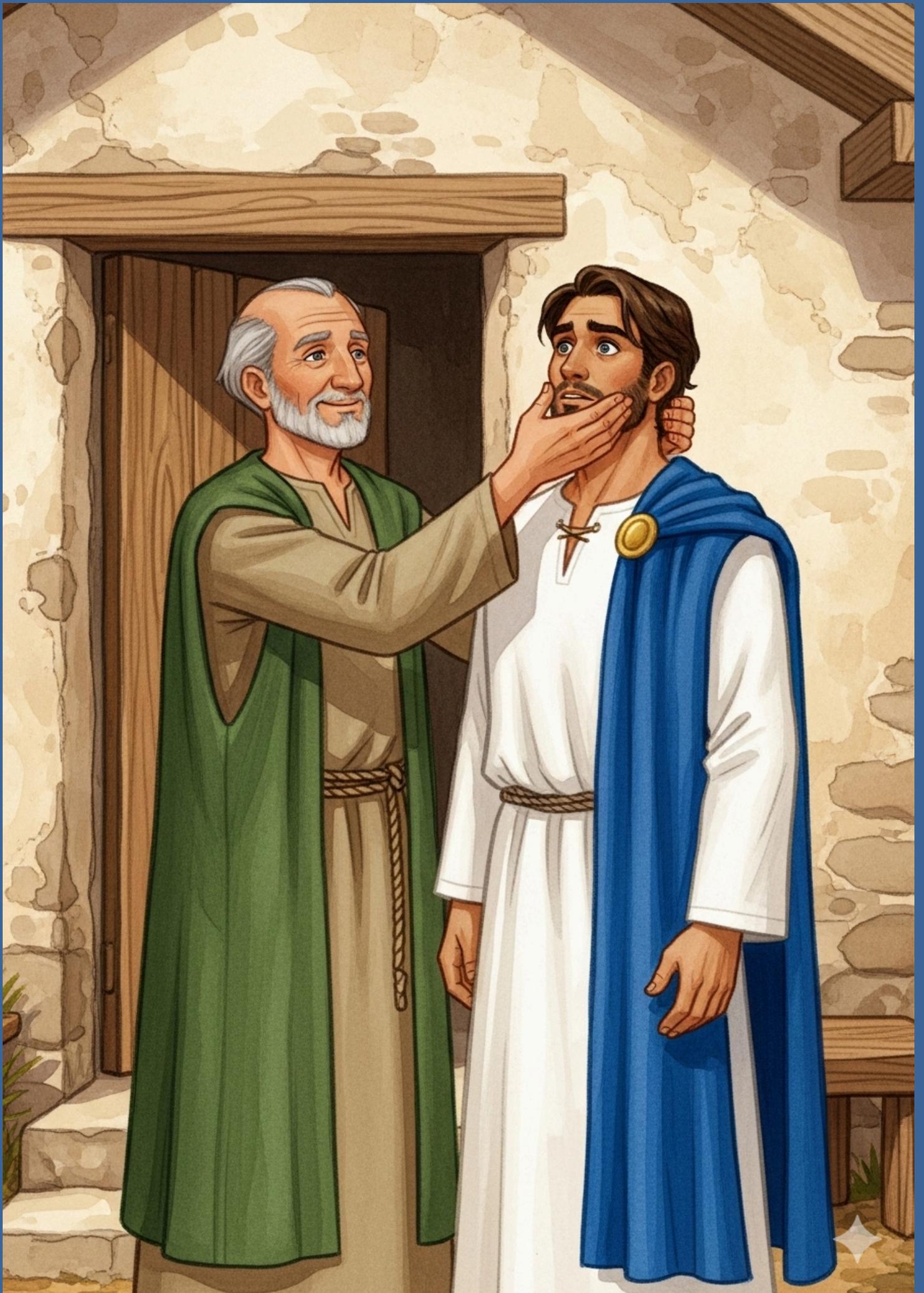


De repente una luz brillante como el sol apareció en el cielo y Saulo cayó de su caballo. No podía ver nada porque estaba ciego.

Entonces se escuchó una voz que decía, Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Saulo asustado preguntó, ¿quién eres Señor? y la voz le preguntó, soy Jesús, ¿a quién tu persigues?



Después de esa visión Saulo no podía ver nada, estaba ciego y necesitaba ayuda. Sus compañeros lo llevaron de la mano hasta Damasco donde esperaba sin saber qué pasaría después de lo que había escuchado.



En Damasco había un hombre muy bueno llamado Ananías. Jesús le dijo a Ananías que fuera a buscar a Saulo. Ananías le puso las manos encima y Saulo pudo ver de nuevo. Ananías le habló de Jesús y de su amor.



Después de todo eso Saulo creyó con todo corazón en Jesús. Ananías lo bautizó y así Saulo comenzó una vida nueva y diferente. Desde ese día ya no se llamaba Saulo, ¡ahora será conocido como Pablo!



Pablo no estaba solo en esta nueva aventura. Tenía amigos muy valientes que lo acompañaban en sus viajes para contar a todos sobre Jesús. Eran Silas, Timoteo y Lucas.



Juntos caminaron por muchos lugares y también navegaron por mares lejanos. Enfrentaron dificultades y a veces mientras Pablo y Bernabé navegaban en el mar se ponía bravo y las olas eran gigantes.

La gente no siempre quería escucharlos, y hasta los metía en la cárcel. Pero Pablo y sus amigos nunca se daban por vencidos.



Incluso en la cárcel Pablo no dejó de compartir el mensaje de Jesús. Con una pequeña vela y un trozo de pergamino escribía cartas a sus amigos en otras ciudades animándolos y enseñándoles sobre el amor de Dios.

Después de muchos años de enseñar y viajar y de escribir tantas cartas, Pablo fue muy valiente hasta el final.



La vida de este gran santo,
nos hace crecer en el amor a
la persona de Jesús y a
darnos cuenta que por Él
recibimos la gracia de salvar
nuestra alma.

San Pablo murió mártir en
Roma, 34 años después que
murió Jesús

